

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

70. EL FACTOR EMOCIONAL



A LA HORA de almorzar, la silla de Kurt Vodde y la de Kató Florescu estaban vacías. No me extrañó lo de la mujer, pues no ignoraba que se había producido una escena hartamente tempestuosa entre ella y el barón, a causa de quedar al descubierto sus manejos con Vodde.

Según me informara Sandor, el propio barón la sorprendió hurgando entre sus papeles y de inmediato la conminó a abandonar el castillo. Al parecer —siempre de acuerdo a la versión de Sandor—, la Florescu habría esperado el apoyo de Vodde, pero éste la defraudó de la manera más estrepitosa y la dejó librada a su suerte, sin mover un dedo para defenderla...

El almuerzo transcurría en relativo silencio, pues también el locuaz Sandor se había disculpado, pretextando un trabajo urgente en el laboratorio. Privados de su presencia, el barón no parecía muy proclive a la charla, Verna Nadasdy exhibía un aire de misteriosa melancolía (según me pareció) y yo sentía que delante de esos ojos aterciopelados, la lengua se me pegaba al paladar.

Resultó un alivio levantarnos. Verna y yo tomamos una deliciosa taza de café en el salón y —posiblemente debido a la particular camaradería que esa bebida suele despertar— pronto nos pusimos a conversar muy animados. Creo, sin embargo, que lo de “conversar” falla en describir con la debida fidelidad aquella situación. En rigor, era Verna quien más hablaba, mientras que yo me recreaba principalmente en admirarla.

Verna constituía algo por completo aparte de todo cuanto yo conociera en mi vida previa... Alguna vez, muchos años atrás, acaso había soñado con una imagen de similar esplendor; pero jamás pude creer sinceramente que llegaría a toparme así con la materialización de mis delirios adolescentes...

DORA Curbelo... Sí, Dora Curbelo había reunido ciertas cualidades que en algún grado la emparentaban con mi concepto del ideal femenino (el cual implicaba un

sine qua non de perfecciones físicas). Sobresalía del término medio, en el plano estético de referencia, quizás tanto como mi propia coronilla se alzaba por sobre la multitud en un sentido meramente físico. Pero esto era todo.

Dora no resultaba *sublime*. Verna Nadasdy, sí... Como si una estrella del Hollywood de los años dorados condescendiese a saltar desde el recuerdo tan tiernamente atesorado, hasta la vida cotidiana de uno.

De todos modos, lo de Dora Curbelo había concluido en un sonado fracaso. Supongo que la culpa fue mía: lo exigí todo, sin ofrecer nada. Intenté abreviar en ella la sed de toda una vida, sin tomar en cuenta sus posibles sentimientos... Un escritor, eternamente sumergido en su piélagos privado de cinta de máquina en desuso y papel carbónico gastado —todo lo cual ensucia de la manera más molesta—, desmesurado en altura, grotesco en delgadez; desprovisto, por añadidura, de todas las elementales gracias de sociedad, tales como bailar un “lento” o disfrutar de un copetín..., ¿qué atractivos puede esgrimir ante los ojos de una Hija del Jean?... Y Dora había sido eso y nada más, pese a la idealista personalidad con que mi trasnochado capricho se había empeñado en revestirla: una veinteañera de los setenta, un poco más bonita que el común.

Después de aquella *affaire*..., cero. Me acostumbré a vivir conmigo mismo, creo.

Y entonces Verna Nadasdy irrumpió.

¿Cómo fue que llegamos a besarnos?...

H ABÍAMOS salido a caminar, terminado el café. Estaba fresco el aire, sin llegar a ser frío. Una luminosidad dorada se colaba entre el follaje vivo del bosque. El follaje muerto, hojas de oro reticuladas por una exquisita filigrana, crujía bajo nuestros pasos.

Me parece que fui yo el que mencionó a Kurt Vodde... No términos duros, porque un elemental decoro me lo vedaba. Pero algo del encono que me carcomía debió filtrarse entre las palabras.

Ella captó la nota de rencor y supo interpretarla. Un velo de nuevas sugerencias apareció en sus ojos; hubo también un cambio en el tono de su voz, que me estremeció igual que si su piel desnuda me rozara...

Nos entendimos con la mirada. Supe que mi sed hallaba eco.

Resultó algo por completo nuevo para mí. Hasta el momento, los besos de mi vida habían sido voraces, casi rabiosos en su demanda unilateral de satisfacción. Ahora encontraba, por primera vez, una correspondencia..., una necesidad de mí que se ensamblaba cálidamente a la que yo sentía de ella.

Antes y después de Dora Curbelo, e inclusive con ella, yo había vivido tan sólo la *mecánica* del sexo, pero no su emoción. Ni siquiera había conocido esa especie de fiebre que llaman pasión. Me manejaba únicamente a base de acuerdos del más abyecto transaccionalismo. Yo alquilaba lapsos de sensaciones: a eso se había reducido todo.

A HORA fue diferente. Sacudido aún por aquel medio nuevo y anonadador en que me veía inmerso, sensible todavía a causa de los sucesivos shocks, todo perdió entidad y se fundió en la ambigüedad de un segundo plano, y sólo fuimos Verna, yo y la naturaleza, en una integración armónica y total. El sol se puso, y volvió a salir, antes de que nos separásemos...

.....

[Me da pudor reconocerlo, pero en este punto encuentro que las palabras —esa materia prima de mi profesión— resultan insuficientes para reflejar mis vivencias en aquellos

trascendentales instantes... Mucho mejor de lo que yo llegaría jamás a conseguir, lo expresan Victor Herbert y Rida Johnson Young, en la voz del inmortal Mario Lanza...]

.....
Entre tanto, sin que yo lo supiera, Sandor Bathory había muerto horriblemente.
Ya no volvería a vérselo. ¡Ni siquiera quedaron sus huesos!...

(Continúa)

¡POLETTI EN LAS REDES DEL AMOR!... ¡EL CIRCUNSPECTO NOVELISTA ANTE LA MÁS RIESGOSA DE LAS SITUACIONES DESDE SU LLEGADA AL CASTILLO!... ¿NO LLEGARÁ A ARREPENTIRSE DEL PASO QUE HA DADO?... (A AQUELLOS LECTORES QUE, EN UN JUICIO ASAZ APRESURADO, TILDEN A NUESTRO PROTAGONISTA DE TIMORATO O IRRESOLUTO, O ACASO LE ADJUDIQUEN UN ADJETIVO BIEN RIOPLATENSE, MENOS ELEGANTE PERO BASTANTE MÁS EXPRESIVO, POR HABER NECESITADO 61 CAPÍTULOS PARA DECIDIRSE A ACTUAR EN ESTAS LIDES, LES HAGO NOTAR: 1) SI LOS CAPÍTULOS FUERON MUCHOS, ESCASOS FUERON, EN CAMBIO, LOS "DÍAS" TRANSCURRIDOS EN LA TRAMA; 2) CON TODAS LAS VICISITUDES QUE EL POBRE HÉCTOR SE VIO OBLIGADO A SORTEAR EN ESE LAPSO, ¡HASTA PODRÍA DECIRSE QUE FUE MUY EXPEDITO!...)

ALGO SOBRE EL AUTOR

Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"El Umbral de las tinieblas" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com